

Malcolm Lowry

# Incendios y naufragios

Joaquín-Armando Chacón

*La tragedia era, para el escritor Malcolm Lowry, la forma más adecuada y útil para condensar en un solo haz las contradicciones y dificultades del espíritu humano. El famoso autor de Bajo el volcán tuvo una relación compleja y paradójica con el ejercicio de la escritura, al grado de que perdía manuscritos frecuentemente, como recapitula Joaquín-Armando Chacón en este ensayo.*

*En recuerdo de Alberto Gironella*

Uno de los escritores más interesantes del siglo XX lo fue sin duda Malcolm Lowry, quien escribió una obra maestra de la narrativa: *Bajo el volcán* (publicada en 1947 en inglés y en 1964 en español en Ediciones Era).

Malcolm Lowry perteneció a esa raza de escritores que persiguen la maestría en su obra durante todo el camino de su vida, y que parecen escribir muy poco, ya que lo hacen en forma de círculos, regresando siempre al mismo punto, volviendo continuamente sobre sus pasos, insistiendo en sus repetidos temas y una y otra vez recogiendo los naufragios de aquellos libros que nunca parecen terminar.

En vida, Malcolm Lowry publicó únicamente dos novelas, *Ultramarina* (1933) y *Bajo el volcán*, y dejó algunas otras inconclusas, desperdigadas y con grandes lagunas, que se publicaron póstumamente: *Escúchanos, Oh Señor, desde el cielo tu morada; Oscuro como la tumba donde yace mi amigo; Ferry de octubre a Gabriola y Lunar Caustic*, esta última dejada inconclusa y que fue editada por el poeta Earle Birney y Margaret Bonner Lowry, su segunda esposa. Entre sus varios viajes y su

abuso del alcohol, Lowry perdió continuamente sus manuscritos, se le incendiaban los originales, los olvidaba en maletas abandonadas en cualquier lugar y, podemos suponer, él mismo los destrozaba con sus múltiples correcciones.

En todas sus narraciones escribió y volvió siempre a un mismo personaje: ese hombre perdido en busca de la salvación: ese hombre atribulado por los males del mundo como si él solo tuviera que cargar con todos los pecados en su espalda. Escribió siempre sobre su personaje, Geoffrey Firmin, el cónsul, aunque no sabía que iba a escribir siempre sobre el cónsul, su personaje ideal.

Si todos los escritores tienen únicamente unos cuantos temas para barajarlos a lo largo de todas las páginas que escribirán en su vida, Malcolm Lowry es el ejemplo más exacto. Él asumió esta condición con toda su fuerza, con toda su rabia, y llegó incluso a vivir su propio tema. Lowry se fue convirtiendo paulatinamente en su personaje, al mismo tiempo que le fue cediendo a su personaje todo lo que a él le había tocado tener. De to-

dos modos, se hizo el proyecto de realizar una gran obra en conjunto, la cual se llamaría *El viaje que nunca termina*, y esta epopeya comprendería el purgatorio, el infierno y el cielo de la existencia humana. Sin embargo, fue un hombre por entero del siglo XX, donde, como muy bien lo señala Óscar Mata (en su libro *San Malcolm en las cantinas*, UAM, México, 1988), “apenas hay un lugar para el infierno”, y por lo tanto sólo escribió sobre el infierno en la vida diaria de nuestra existencia.

Aficionado al vino y los alcoholes desde muy temprana edad, pudo entrever por medio de ellos la salvación del hombre, hasta llegar a comprender que esa salvación y todo aquello que el hombre desea, sólo es posible perderlo por el hombre mismo. Una fórmula sencilla que, sin embargo, al ponerla en juego para realizar una creación se convertía en una gigantesca máquina de posibilidades. Y, debido a ello, Malcolm Lowry volvió a los orígenes, a la literatura clásica, a los griegos y a su difícil sencillez, ya que ellos habían llegado desde el principio de nuestra tradición occidental a conformar todas las posibilidades de nuestros retos. La tragedia, esa expresión dramática catalogada como la máxima forma del arte de la literatura, fue el reto profundo de Malcolm Lowry en su narrativa. Y esa meta ambiciosa la alcanzó en *Bajo el volcán*, novela en donde se conjuga la unidad del tiempo y el espacio, y donde el héroe trágico lucha contra su destino sin posibilidad de salvación porque desde antes de iniciar su lucha ya ha come-

tido los errores que lo precipitarán a la caída y, por medio de su brillante prosa, consigue producir en el lector esa catarsis final y la expiación de la culpa que sólo el drama perfecto logra.

No era una empresa fácil, quizá nunca se había logrado, quizá nunca más vuelva a conseguirse, y por eso esta novela no admite lectores fáciles. Malcolm Lowry la escribió y la reescribió durante más de diez años y cuando creía tenerla terminada la entregaba a las editoriales, pero al menos doce de ellas se la rechazaron en ese transcurso, así que volvía a ella y la mejoraba, la corregía, le quitaba partes o se las agregaba, y una posible versión final —de la cual antes había perdido partes en cantinas de México, de Los Ángeles y de Columbia Británica y que volvió a reescribirlas—, en 1944, la entregó a la editorial de Jonathan Cape, en Inglaterra, pero uno de sus lectores puso en duda la publicación, aludiendo errores y lenguaje difícil y narrativa tediosa y un despegue lento, proponiendo quizás ajustes al tratamiento, por lo cual Malcolm Lowry se vio en la necesidad de escribirle una larga, muy larga carta como un estudio crítico y sincero sobre su obra para rechazar los cortes propuestos y justificar la integridad de esa trágica obra que se inicia el día primero de noviembre de 1939 con un inicial capítulo, casi como un prólogo, donde un par de hombres, en el Hotel Casino de la Selva, iniciaran la evocación de la pasión y muerte del cónsul Geoffrey Firmin y se nos da noticia de una hermosa e inquietante carta cuya profundidad crecerá en la historia que ha de contarse después, aunque haya ocurrido precisamente un año antes, involucrando al cónsul, a Ivonne, su ex mujer y a Hugo, el hermano del cónsul, así como en un eco lejano a una buena parte de la humanidad (muy al principio de esas hojas de la carta, escribe Lowry):

Es decir que si el libro estuviera ya impreso y sus páginas no contuvieran la muda súplica y el aspecto desesperado de un manuscrito no publicado, creo que el interés del lector sería mucho más vivo al principio, exactamente igual que si se tratara, digamos, de un clásico ya establecido, hacia quienes los sentimientos de un lector son diferentes: es decir que podría comentar: “Dios mío, qué duro es esto”, se esforzaría por chapotear a lo largo de oscuros cenegales —en realidad se sentiría avergonzado si no lo hiciera— porque sabe que los pasajes posteriores van a compensarlo.

Pero desde su publicación inicial, el 19 de febrero de 1947 en Estados Unidos por Reynal & Hitchcock, y ese mismo año, pero el día primero de septiembre por la Editorial Jonathan Cape en Inglaterra, *Bajo el volcán* fue agenciándose una creciente manada de seguidores, de inteligentes lectores que en todo el planeta continuamente se internan en el mundo del cónsul Geoffrey



Malcolm Lowry en la Región de los Lagos, Inglaterra, 1957

Firmin y en la vida de Malcolm Lowry. Infinidad de ensayos y acercamientos a la novela ha generado *Bajo el volcán*, multitud de apreciaciones y críticas, en buceos en busca del origen de la fuente inicial de la creatividad de Malcolm Lowry, porque, como dijo alguien que lo conoció: “ningún otro [escritor] ha estado visible y felizmente iluminado por el genio”.

Muchos escritores tienen talento, y a muchos de ellos su propio talento los ha ido destruyendo. Con Malcolm Lowry ocurrió, y la gran tragedia que es *Bajo el volcán* fue como una imagen doble de su propia tragedia. Lowry se consumía en el alcohol, perdía sus manuscritos y sus casas se incendiaban, y también perdió a su primera esposa, Jan Gabriel, quien lo abandonó en 1938 pues no le pudo soportar el constante beber y beber, (y tal y como lo hace la Ivonne con el cónsul de *Bajo el volcán*). Y es precisamente en ese tiempo cuando Malcolm estaba internándose en la escritura de su gran novela.

Malcolm Lowry visitó todas las cantinas que pudo, en el Viejo Mundo y en América. Llegó a Cuernavaca y se hundió en sus cantinas, en la cerveza oscura, en el tequila y el mezcal, sin desairar ninguna ginebra y ningún whisky (“Vas a pensar que estoy loco, pero también así bebo, como si estuviera recibiendo un eterno sacramento”, dice el cónsul en una parte de esa carta enviada a Ivonne), porque había perdido a Jan Gabriel, su esposa, y porque había perdido la salvación y porque tenía que escribir *Bajo el volcán*, esa novela sobre el últi-

mo día en la vida del cónsul Geoffrey Firmin, que es precisamente el día en que vuelve su esposa, Ivonne, (“por un día al menos”) como el cónsul lo había solicitado ansiosamente, y precisamente ese día, el 2 de noviembre, el Día de Muertos en México, él tenía que beber porque a cada trago bebido iba siendo más lúcido, más brillante, más iluminado, para ir comprendiendo sus errores y los errores de la humanidad, porque la caída de uno solo de los hombres es la caída de toda la humanidad. Y, en ese tiempo, se libra la batalla del Ebro y allá también, en España, se pierde la batalla, la democracia, la libertad, y el terror sube a escena. Es el final de una época, es el fin de una esperanza. Las tragedias nunca vienen solas, bien lo sabía Lowry, y esa época es también la muerte de Sigmund Freud, la muerte de James Joyce, cuando los diccionarios dejan de ser humanistas para convertirse en técnicos, cuando los valores universales comienzan a transformarse, a convertirse en otra cosa, a llenarse de velos, cuando la información comienza a distorsionar a la realidad... Y lo terrible es que ese borrachín inglés que vive en Cuernavaca lo sabe, lo comprende cada vez más lúcidamente a cada trago de cerveza, whisky, ginebra, tequila o mezcal bebido, y por lo tanto no puede detenerse, tiene que beber otro y otro trago más para comprender la tragedia, la suya propia y la de la humanidad de su tiempo, aunque cada trago también le debe que él se acerca al final, a su propia destrucción. **U**



Malcolm y Margerie en Vancouver, 1953



Lowry, 1946